

ante su impetuoso despertar, y el pueblo dándose cuenta de la grandeza de los espíritus juveniles, nutrirá las legiones de los hombres conscientes que piden progreso y libertad, igualdad y fraternidad.

Respondiendo á este hermoso estado de opinión, «El Librepensamiento», El Republicanismo español, todas las entidades progresivas se han propuesto encauzarlo por medio de veladas, conferencias, lecturas y mitines, en los que se enseñe al pueblo la verdad y se manifieste al mismo tiempo las grandes energías anticlericales que existen acumuladas en España.

Fieles á esta bandera y organizado por elementos progresivos, se celebrarán una serie de conferencias que constituirán la semana anticlerical de nuestro pueblo, en donde se leerán y comentarán fragmentos escogidos de ilustres hombres de ciencia.

Ciudadanos, concurrid á estas veladas, que no perderéis el tiempo!

Nosotros desde las columnas de este modesto semanario contribuimos á esta obra de progreso con la publicación del siguiente artículo que titulamos

### Sermón de Cuaresma de «El Radical»

#### CRISTO Y EL PAPA

¿Qué hay de común entre Cristo y el Papa?

¿En qué se parecen Jesús y el Pontífice?

Jesús penetró en Jerusalén montado sobre un asno, recorriendo un camino que debía conducirle á su pasión y muerte: pisó sobre una alfombra de mantos, que la fé, la piedad y el amor tendían á su paso: flores y palmas arrojaron sobre su frente los moradores de la Ciudad Santa; bendiciones recibió de los ancianos, lágrimas de ternura de las jóvenes, sonrisas celestiales de aquellos pobres niños á los que llamaba sus hijos, asegurando que *el que ofendiera sus oídos, jamás entraría en el reino de su padre.*

Sufrió burlas, escarnios, insultos, bofetadas, con la sonrisa de los justos, con la verdadera fé de los creyentes, con la santa tranquilidad de los mártires; descalzo, pálido, lleno de heridas, cruzó la calle de la Amargura, sosteniendo con sus débiles hombros aquella pesada cruz, emblema sagrado de nuestra redención; de dolor en dolor, de caída en caída, llegó al Monte Calvario y de sus manos y pies brotó un río de sangre al ser clavados en la divina Cruz, mientras que de su amorada frente se escapaban gruesas gotas de sudor y de sangre, probucidas por las punzantes espinas de su corona.

Y como si todos estos dolores no fueran aún bastante, una débil voz, una voz querida vino á resonar en su oído; una voz dulce y bendita, una voz santa; la voz de su madre, de María Santísima, que abrazada á la cruz,

vertiendo un mar de lágrimas, presenció con el corazón hecho pedazos la horrible pasión y muerte de aquel ser querido que había llevado en su seno, de aquel niño cuya sonrisa infantil y cuyos primeros juegos recordaba su corazón maternal, de aquel hijo tan amado que debía perder para siempre.

Tal fué Jesús. Veamos al Papa.

El Pontífice romano camina en lujosos coches, ciñe coronas y diademas de perlas y brillantes, cubre sus hombros con ricos mantos de armiño ó con la regia púrpura de los Césares; habita en un magnífico palacio, le rodean infinitos cortesanos; algunos galantean á las mujeres más hermosas y por alcanzar la silla pontificia no reparan en nada y roban, saquean, ahorcan, maldicen: decimos mal, perdonan, sí, puesto que por la tarifa de perdones que en el siglo XIV estableció el Pontífice Juan XXII, por diez y siete libras perdona al hijo la muerte de su padre, según la tasa de la Cancillería papal de aquella época, convirtiendo á Roma en un baratillo del infierno, como dice Santa Brígida, en el cual el Papa es mucho más abominable que los judíos y peor que el mismo Lucifer.

Parodiando á los predicadores católicos, vamos á citar las opiniones de varios santos de la Iglesia Católica, sobre el Papa cuyas opiniones no pueden ser más autorizadas.

San Jerónimo, dice: «El Papa es una mujer vestida de escarlata, que lleva en su frente un título de infamia»

Santa Brígida, canonizada por Bonifacio IX; una angelical mujer que visitó la tierra Santa y dió calor con sus ardientes y fervorosas lágrimas á la fría losa del sepulcro de Jesús, se explica de esta forma: «El Papa es el asesino de las almas, dispersa y destruye la grey de Cristo; es más cruel que Judas y más impío que Pilatos; más abominable que los judíos y peor que el mismo Lucifer.»

Igual opinión tienen del papado, Santa Catalina, San Agustín, San Hilario, San Dioscoro, San Gregorio, San Martín, San Ireneo de León, San Braulio y otros cien santos y mártires, cuyas palabras no copiamos por falta de espacio.

Y ahora, lector Pío, tú dirás. ¿En qué se parecen Jesús y el Papa?

De colaboración

## En el Ocaso

### I

#### ¡Adiós lucha!...

Se marcharon como buenos campeones precisos de la raza humanitaria, la gloria y la riqueza solitaria de un sin fin de esforzados campeones.

Perdieron en combates las legiones un vigor y una lucha milenaria; dejaron al correr la indumentaria, que perdieron años ha otras naciones.

Así olvidó su gloria brava jente;

así luchó indecisa y divagando la última esperanza combatiente.

Y á coro de derrota fué llorando, un pueblo tornadizo é inconsciente que vive en este tiempo suspirando.

### II

#### ¡Adiós Patria!

No pudieron florecer rimas sonoras, ni enjendrar paraísos naturales, ni imponer como lechos virginales las estrofas de amor consoladoras.

No pudieron vivir tan seductoras las damas de peligros corporales; ni bellezas ni ninfas terrenales pudieron suspender fatales horas.

Nada pudo existir que fuera vida: en callada y fantástica pradera quedóse la verdad comprometida.

Y al pasar de la raza en su carrera, perdióse en la penumbra oscurecida la que fué en otro tiempo mi escudera.

MAMUEL ALBI.

## INSCRIPCIÓN

El día 5 del corriente fué inscrita en el Registro civil con el nombre de Palmira una hija de nuestro Director.

## CUENTO

### Rafaelillo sin miedo

Aconteció lo que voy á relatar allá por los años de Maricastaña, cuando la pintoresca sierra cordobesa era patrimonio casi exclusivo de la bandolería andante y teatro, por ende, de aquellas escenas mitad canallescas, mitad románticas, que más tarde inmortalizó nuestra musa popular en esos romances de acero sin ejemplar, con orla negra y caprichosos fotograbados.

Era peligroso en aquel entonces pasear por las afueras de Córdoba, peligrosísimo el aventurarse á subir hasta las Ermitas, y una temeridad rayana en locura, el hacer escursiones por aquellos montes de Dios ó el aproximarse á la sombría cuesta de la Traición, callejón tortuoso y endemoniado, donde á buen decir tenían establecido su cuartel general aquellos Amadieses de manta, trabuco, redondo calañes y ásperas patillas.

Tan arriesgadas eran estas escursiones, que muchos extranjeros, que después de admirar á la Córdoba monumental quisieron admirar también la exhuberante vegetación de aquella sierra, en la que hasta las piedras dan flores, regresaron á la ciudad mohinos y cabizbajos, sin otra indumentaria que el traje paradisiaco, que la experta mano del Sumo Hacedor confeccionó al pandi del primer hombre.

Así están las cosas cuando una mañana apareció á la puerta de una casucha de la calle de Gondomar, un cartelón de no escaso tamaño, que contenía el letrero siguiente:

«Rafaé sin miedo, interprete ¡oico-

rón de la Catedral! La compañía ha las hermitas ó aonde sea men esté sin aprensión denguna.»

Mister Pilhy, un pintorcete inglés que lleva varios meses en Córdoba estudiando las costumbres andaluzas, y que deseaba á todo trance encontrar un hombre animoso, que le acompañara á merodear por la sierra para ver de cerca á los decantados bandoleros, saltó de alegría al descifrar el intrincado anuncio, y acto seguido con toda clase de respetos hizo pasar su tarjeta al valiente Rafaelillo.

Era este un mocetón no muy alto, pero musculoso y fornido, vestía con pulcritud el traje de la época, y en su cabeza altanera y gallarda, rivalizaban en brillantez negrura los rasgados ojos, la cuadrada patilla y el airoso calañes.

—¿Es usted el valiente?—preguntó en chapurreado castellano, Mister Pilhy á Rafaelillo.

—Zi, zeño, don Pilili,—repuso el pinturero cordobés, leyendo y traduciendo á su autojo el apellido de Mister Pilhy,

—¿Y usted se compromete á acompañarme á lo más intrincado de la sierra?

—Un servidor de osté le acompaña hasta er fin der mundo, sin temerle á naide, ¿osté z'entera? No ha nasío entavía un hombre que jaga temblar al hijo de mi madre, ¿ze vaste enterando? Y esto, como dijo el otro prueba al canto se convence osté en cuantito le dé la gana.

—Pues ahora mismo,—añadió el inglés.

—¿Ahora mismo?—repitió Rafaelillo dando un paso atrás y clavando sus ojos en los de Mister Pilhy, como dudando de aquella inusitada prontitud.—¿Y qué tengo que jase pa demostrarle asté que no he conocio er miedo en mi arrastrá vida?

—Venir conmigo á pasear un rato por las afueras.

—Po ya estamos andando.

—Usted irá delante.

—Zi, zeño.

—Pero no ha de volver la cara ni una sola vez.

—No, zeño.

—Porque si la vuelves, será confesar que sientes miedo.

—Ya puede jundirse to Córdoba sin que yo mire, ni tan siquiera de ojo.

—¡Ea! Pues vamos.

—¿Pa onde tiro?

—Para donde usted quiera.

Y Rafaelillo, un tanto preocupado pero contoneándose más que nunca, echó á andar en dirección al campo, seguido del grave y estirado Mister Pilhy.

A medida que se alejaba de la población, aumentaban las cavilaciones del cordobés.

—¿Estará loco ese tío?—pensaba.—¿Querrá llevarme á la fuente ó la Raja, sin una jerramienta ensima, pa que nos jagan cachitos de un trabucaso?

Caminaba ensimismado en estas re-